



Guillermo Giménez

La danza en México

Uno y plural es el arte de la danza; es la forma audaz, espontánea, de traducir los sentimientos, es el subrayado de un signo, el jeroglífico dibujado con el ímpetu de todas las pasiones. De este arte fluyen en teoría de movimientos, de vaivenes, de ondulaciones y de gestos las más cautivantes y múltiples imágenes que se pueden concebir. El paso en la danza es el número aplicado a las matemáticas.

A través de la danza, a través de los arabescos del baile, pueden situarse las historias de los pueblos, de las religiones, de los vicios y de los placeres de la humanidad. Los pasos de la danza son lieder de sensaciones, guirnaldas que se entrelazan en la inquietud universal.

El baile es la realización de belleza objetiva que invita al amor y a la adoración.

Por adoración los primeros pobladores de México -nahuas, toltecas, zapotecas, mixtecos, totonacos, mayas- aparecen bailando; hombres de rostros amarillos, de rostros bronceados por el sol, rostros cubiertos con máscaras simbólicas; hombres que bailan danzas religiosas

————— 180 —————

y guerreras rondando a sus ídolos sanguinarios. El dios del baile se llamaba Mixcoatl, y en todas las viejas ciudades, junto a los templos, igual que en el legendario y sapiente pueblo chino, había maestros que

enseñaban a los niños el arte coreográfico, al son de primitivos instrumentos musicales: caracoles marinos, cascabeles, cuernos de toro, conchas de tortuga, huehuetlis y teponaztlis.

Los instrumentos de cuerda, según dicen algunos venerables cronistas, no fueron conocidos por los aztecas.

El huehuetl era una especie de tambor formado con un cilindro de madera, de tres pies de alto, decorado con dibujos de colores brillantes, tal vez de laca, y en la parte superior tenía una piel de ciervo curtida y admirablemente estirada, cuyo sonido era graduado conforme se estiraba la piel. El teponaztli, muy usado todavía en algunos pueblos indígenas, es un cilindro hueco de madera con dos aberturas en medio, a manera de dos rayas largas, paralelas y a poca distancia una de otra; dos palos, semejantes a los de los tambores, sirven para herir el espacio que media entre ambas rayas, y produce un suave y melancólico sonido, que deja percibir claramente las palabras de los cantos.

Una de las actividades de esta raza peregrina y guerrera fue la danza. Los indios bailaban para solemnizar las fiestas de sus ídolos; bailaban también para celebrar las victorias. Las danzas de los primitivos mexicanos tuvieron la misma dimensión que las danzas de los pobladores del antiguo Egipto. Dos nombres tuvo la danza en tiempo de nuestros antepasados: Mecavaliztli y Metotiliztli, o lo que es lo mismo: bailes sagrados y bailes profanos. Cantadores y danzantes de profesión había en los grandes poblados. El día que debían bailar los vecinos colocaban en medio de la plaza una estera enorme, o un tablado, sobre el cual ponían dos «atabales».

En sonando el atabal -escribe un cándido monje franciscano- se reunían todos los indios del contorno y comenzaban a bailar y cantar. En estos bailes se usaban dos «atabales»: uno redondo, de cinco palmos de alto, más grueso que un hombre, hecho de preciosa madera, hueco y lindamente labrado por fuera y lo tañen por sus puntos y tonos que suben y bajan concertando y entonando los cantores. El otro

————— 181 —————

«atabal» se toca con las manos y es más pequeño. El grande se hiere con unos palos.

Para el pueblo mexicano la danza es un culto. Desde los tiempos más remotos tuvieron los indios un concepto esencialmente metafísico del baile. Primero realizaron las danzas en honor de los astros: del sol, de la luna; después brotaron las danzas militares; chocan los venablos y refulgen las lanzas envenenadas. Códices palpitantes son todavía las danzas místicas de los indios que bailan en honor de los santos en los atrios de las viejas iglesias; forman un cortejo ornamental escapado de los venerables papiros; danzas rituales humildes, con la disciplina de un solo gesto, con el ritmo de un movimiento unánime.

La imperfección, la rusticidad de la música de nuestros abuelos, no guarda armonía con la variedad de sus bailes. Los aztecas bailaron unas veces en círculo y otras veces en línea recta, y aunque regularmente se mezclaban hombres y mujeres, por lo general las danzas eran realizadas por hombres únicamente. Los nobles, en estas ceremonias, lucían vestidos suntuosos y los hombres del pueblo se disfrazaban de animales con trajes hechos de pluma o de pieles y se cubrían el rostro con máscaras hechas de madera o de cuero. La máscara hace el milagro de eternizar el gesto y abre en el espíritu expectante del pueblo una emoción perfecta. Un giro, un vaivén, unos pasos realizados por un enmascarado le imprimen mayor plasticidad, más hieratismo, envolviéndolo en una ola de misterio. La máscara es la materialización de una idea creada por la fantasía o por el misticismo, regala suprarrealidad a la danza, la hace casi sobrehumana, logrando tocar las fronteras del arcano. Por ello, sin duda, los antiguos pobladores representaron a muchas de sus divinidades llevando máscara, como el dios del viento.

Las máscaras de jade, de cristal de roca, de cornalina, de mosaico, de hueso con aplicaciones de turquesas y madreperla, son máscaras votivas encontradas en las viejas tumbas.

Si la máscara es la esencia del disfraz, el vestido en el danzante mexicano es el complemento de esa atmósfera suprarrealista, es la sugerencia de lo divino, es el perfil hasta donde llega la naturaleza, es el límite donde pestaña el paisaje y comienzan los planos del misterio:

————— 182 —————

plumas, sedas, oropeles, espejos, cuentas de cristal, cintas multicolores, lentejuelas azules, verdes, rojas, todo este material coruscante es el que aniquila la figura humana y forma la magia arquitectónica del bailarín. En Grecia la levedad de la túnica; en la India los collares, los brazaletes, las ajorcas; en Persia los velos impalpables subrayan el giro sensual de los bailes, son el ornamento que pone de relieve el encanto del cuerpo, son el señuelo de los sentidos y la complicidad de las telas para las curvas. En cambio, la rigidez, la geometría, la liturgia, los colores planos, la extravagancia de los vestidos en los bailarines mexicanos son lo que exalta al olvido de la naturaleza, lo que nos indica la metafísica del baile. Ahí están los danzantes de Michoacán, cubiertos sus rostros con máscaras como en «La Danza de los viejos» o con brillantes pañuelos de colores como en «La danza de los Moros» llevando sobre sus hombros dalmáticas de brocado recamadas de oro, turbantes esplendorosos adornados con hilos de perlas y cuentas de cristal. Ahí están los danzantes de Oaxaca, tocados con largas y suaves plumas de lindos pájaros mexicanos, plumas que arden al sol con la magia de las colas de los papagayos y que se mueven al viento con la sensualidad de los flabelos.

¿No es acaso suprarrealista el traje que llevan los indios que habitan los pueblos de las riberas del lago de Pátzcuaro? Sus mantos parecen ornamentos de iglesia, su tocado el de un rey persa y a sus zapatos amarillos prenden unas rodajas enormes a manera de espuelas que entrechocan durante la danza que siempre bailan sobre las puntas de los

pies.

Adoración, fetichismo envuelto en el humo del copal y en la mística embriaguez producida por el pulque y hierbas sagradas; el peyote y la marihuana, drogas celestes para los indios porque los inspiran, los transfiguran y los llevan a la subconsciencia, haciéndolos vivir una vida irreal. Nunca la vieja raza reveló los encantos que les producían estos sublimes venenos, indispensables para sus ritos y danzas.

El peyote o jiculi, la marihuana, el pulque enardecen los espíritus; hacen circular la sangre con fluidez; producen mirajes nunca soñados, transportando a las almas al éxtasis y al olvido. La embriaguez

derivada de estas drogas debe ser superior a la borrachera de los griegos cuando agotaban en honor de Dionisio y de Afrodita, los pellejos de vino.

Al peyote, los viejos pobladores lo convirtieron en símbolo religioso, adorándolo fervorosamente como si fuese algo celestial. Según la tradición, esta droga, desde el principio del mundo, fue regalada por los dioses a los mexicanos para curar las heridas del amor, para olvidar la tristeza y para que los mortales, al tomarlo, se transfiguren en divinidades. No habiendo tenido los mexicanos manera de expresar con vocablos las sensaciones que les producía el peyote, las hicieron ritmo, saltos, bailes, habiendo nacido entonces la danza del «jiculi».

-¿Conoce usted las danzas de los indios de Chihuahua? -me interroga una linda erudita en danzas mexicanas.

-Algunas de ellas -le contesto-. Es tan grande la variedad de los bailes en México que es imposible conocerlos todos. Cada región, cada pueblo, ha inventado una manera de expresar sus pasiones, pero, al fin, las danzas de Chihuahua, como las de Oaxaca, como las de Jalisco, como las de Guerrero, a pesar de sus diferentes pasos, de sus diferentes cadencias, de sus diferentes ademanes, nacen todas de paralela teoría, de ideología idéntica, y todas conservan, en el fondo, igual principio, símbolo unánime: la adoración.

Los danzantes indígenas son inconscientes, mecánicos; sus ritmos son lentos, largos, dolientes, cansados, igual que sus cadencias, igual que el sonar de sus tamboriles, igual que las notas de sus chirimías: notas interminables, repetidas hasta el aburrimiento. Las actitudes, los gestos, los movimientos de los danzarines son estereotipados. El rostro del danzante rígido, como hecho de cartón engomado, no necesitaría máscara. Su rostro bronceado, amarillo, adquiere una expresión increíble de dureza que llega al ridículo. Teoría de rostros herméticos, llenos de misterio, que no vibran, que no piensan. Tal vez

una contracción de hastío, pero nunca una sonrisa ilumina sus rostros; nunca un gesto de sensualidad, de júbilo, de dolor, de ira, de odio, de pasión, los transfigura.

Danzan, danzan sin cesar, al tun-tun de sus primitivos instrumentos. Más bien que un comentario a la música, las danzas indígenas mexicanas son un subrayado a la idolatría, una apostilla a la eternidad. Por eso en el fondo, un danzarín mexicano es un idólatra, un supersticioso, un inconsciente.

En Zapotlán, uno de los más antiguos pueblos del Sur de Jalisco, pueblo luminoso, donde la atmósfera constantemente azul tiembla a lo lejos en reverberos, y el aire lleno de emanaciones de los pinares se enreda entre los dedos como si fuera un velo, los indígenas danzan lo mismo en las conmemoraciones religiosas que en las fiestas profanas. Los sonajeros bailan dieciocho días seguidos. Todo el novenario del Santo Patrono lo pasan bailando. Las fiestas comienzan con la Suelta de Caja; la víspera de la celebración religiosa danzan en la casa del mayordomo de la festividad, mientras las mujeres hacen el enroso, arco de flores campestres: amarillos zempaxochitls, margaritas, flores de Santa María. Arco perfumado que colocan en el pórtico del templo; los colores de las flores, combinados, forman un maravilloso tapiz de dibujos fantásticos. Luego bailan al pie del castillo (fuegos de artificio) a la sonoridad de los repiques, al estallar de los cohetes que rasgan la obscuridad del cielo con esferas luminosas, verdes, azules, rojas.

Después danzan otros nueve días en los festejos profanos: toros, cucañas, recibimientos. Todos los sonajeros acaban, noche a noche, borrachos de tequila y ponche de granada.

Pero estos indios danzan sin ninguna inquietud, por tradición, por voto. La maravilla de estas danzas consiste en que son un lenguaje plástico extremadamente puro.

El vestido de los sonajeros está lleno de sencillez: camisa blanca de manta y calzón del mismo género. Con listones de seda de colores brillantes decoran el pecho y la espalda; el sombrero tiene más adornos: va cubierto de gasas blancas, de pequeños espejos, de colgantes

canutillos de cristal y de cuentas; de vidrio de mil colores; sombreros que se tornan coruscantes a la luz del sol; en la mano derecha llevan un gran bastón labrado lleno de chinchines, pequeñas rodajas de metal como las de los panderos.

Bailan en dos filas al son de dos tamboriles hechos de cuero de chivo, y de dos chirimías, marcando el compás con las sonajas y, de cuando en cuando, vuelcan alaridos salvajes, que, rodando, se apagan como un lamento en las lejanas serranías.

Ese tun-tun de los tambores indígenas y esas notas en las chirimías y esos gritos gemebundos siguen expresando en los campos callados, en los pueblos distantes, a la hora del crepúsculo y a la luz de la luna, el alma afligida, fanática, supersticiosa de la raza.

El espíritu de los indígenas mexicanos vive, se alimenta de mitos, de supersticiones, de leyendas religiosas que han venido ardiendo de corazón en corazón desde sus antepasados. Su fe religiosa es idolatría; por ello el culto a los santos llega como una fiesta, y sus penas, sus dolores, sus

lágrimas, las ponen al pie del altar como si colocaran rosas. La adoración llega a la embriaguez y se convierte en regocijo, en ferias populares, en desbordamientos de placer. Lo mismo celebran a la Virgen del Pueblito, en Querétaro; que a la Virgen de Zapopan, en Guadalajara; o al Señor de Chalma en el Estado de México.

En los helados días de diciembre, cuando en todos los pueblos mexicanos se conmemora la aparición de la Virgen de Guadalupe, de esa Virgen de negros ojos de capulín, de pestañas largas y de manos pequeñitas donde se prenden todas las congojas y todos los anhelos de un pueblo, aparecen las danzas de «La Conquista».

Los danzarines se adornan con grandes penachos de finas plumas multicolores, llevan camiseta roja y enaguilla de lustrina también roja; en la espalda lucen una capa hecha de raso, con los colores de la bandera nacional; en la diestra llevan una sonaja que agitan constantemente al compás de dos violines. Bailan sin cansancio en los atrios de los santuarios, envueltos en el rumor de las oraciones que sale del templo y en la alegría de la multitud. En esta danza, sólo

————— 186 —————

hay un danzarín enmascarado con una máscara de madera negra, con largas barbas blancas hechas de ixtle; en la mano lleva un látigo y va haciendo piruetas extravagantes al frente de los demás danzarines.

El aguardiente de maíz y el alcohol extraído de los mezcales son el tónico de los danzantes indígenas, así como el jugo de las uvas era el deleite en las fiestas báquicas.

-¿Por qué baila usted? -le pregunto lleno de curiosidad a uno de los danzantes de la Villa de Guadalupe.

Casi no me contesta.

-Nomás... -me dice entre dientes, encogiéndose de hombros.

Esa palabra nomás, que quiere decir «porque sí», y que en el fondo no significa nada, para él quiere decir todo. Y con el mismo desdén con que me responde, realiza todos sus actos; así, por nomás, se entrega al amor, así, por nomás, le partirán el corazón de una cuchillada.

Revista Sur, 1932, Argentina

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

